

Wañuy

Salí de casa unos meses antes de cumplir los 12. Recuerdo como si fuera ayer el 7 de octubre, día que encontré a papá colgado del aguacatero. La fuerte cuerda que rodeaba su cuello y dejaba tanta presión al punto de derramar minúsculas gotas de sangre, gotas que solo alimentaban mi sed de venganza. Debajo suyo la inolvidable silueta, silueta que parecía más ser un fantasma errante que un ser humano, tenía un largo abrigo marrón que gritaba sus años de uso y sobre su cabeza un anticuado sombrero de paja toquilla que parecía haber sido botado a la hoguera por su color ceniza y las notorias partes maltrechas, su alta estatura junto con el tenue humo que brotaba de su imponente pipa le impregnaban aún más mística fantasmagórica. Al momento de ver la escena corrí puertas adentro de la casa con tanta prisa que casi tropecé con el perro, llegué al perchero y subiéndome a la silla logré alcanzar la escopeta de papá. Con el arma en mano a pesar del temblor de mis manos y el nulo conocimiento de cómo usarla corrí de vuelta al aguacatero, al llegar a los mis ojos bramantes de fuego se apagaron al descubrir que el autor de la escena ya no estaba allí.

Esa tarde, queme la vieja casa, pero las grandes llamas de esta no cesaron mi venganza. Empecé mi viaje en busca de aquella abstracta silueta. Solo tome la vieja escopeta, las botas de papá que, aunque me quedan gigantescas, lo mantenían cuidándome las plantas de los pies y la foto de aquella mujer que mi papá decía era mi madre. El perro me acompañó al principio, pero ante mi incapacidad de alimentarlo, decidió quedarse en un bar mendigando alimento al poco tiempo. No sé si me dirigí al norte o al sur, seguí la dirección de la luna como símbolo de buen presagio. Los primeros días fueron los más difíciles, mi falta de resistencia se notó casi de inmediato, pensé repetidas veces en regresar. Pero ¿a dónde regresaría? Detrás mío ya no existía ningún hogar y esas tierras malditas donde algún día vi a mi padre venir cargado de liebres para la cena ahora solo me traían una inmensurable melancolía.

Al poco tiempo empecé a escuchar historias de una gigantesca silueta que arrebatava vidas en cada pueblo que pisaba. Creí estar más cerca de mi objetivo. Gracias a las innumerables historias que me contaba papá en la fogata, logré convertirme en cuentacuentos, lo que me ayudaba a traer pan a mi boca. Solía tocar una campanita al llegar a los pueblos lo que atraía la atención de los niños que se reunían alrededor mío a escuchar mis historias, después más tarde llegaban los padres a buscar a los niños y algunos buenos samaritanos dejaban unas pocas monedas como agradecimiento de distraer a sus hijos por un momento. Ese dinero en un principio lo utilice para sobrevivir, pero con el tiempo se acumuló y me llevo a probar las extravagantes bebidas que tenía cada pueblo en su bar. Así y para encontrar otra motivación de mi búsqueda me hice amigo del alcohol. En las largas noches de bar, hice innumerables compadres que al llegar a su límite me hablaban de un fantasma el cual le arrebató a algún ser querido. Esto junto con la bebida ayudó a motivarme más en mi travesía, ya no solo buscaba vengar a mi padre, si no también buscaba vengar la muerte de las tantas otras comadres lastimados.

Tras pasar una frondosa cordillera de montañas empecé a oír hablar de un ancestral volcán, me acerqué cada vez más a este y descubrí que su nombre real era cerro de nieve. Mientras más caminaba más frío empezaba a hacer, razón por la que tuve que canjear algunas de mis monedas por un grueso poncho rojo. Conforme fui avanzando deje de comprender algunos modismos con los que hablaban en algunos pueblos, pero

sus sentimientos los seguí comprendiendo. En las largas noches de bar, tras las rondas de bebida siempre terminaba saliendo la gran silueta como creadora sufrimiento. Logré visualizarla una tarde a lo lejos, junto con ella dejo un hombre con su rostro destrozado por el disparo de un fusil. Corrí por el largo camino de tierra para alcanzar a la silueta, pero como la primera vez que la vi, se esfumó antes de que la alcanzara. Pero ese encuentro con la silueta me demostró que faltaba poco para que me volviese a encontrar con ella.

Llegué a la ciudad de San Miguel, llovía a cantaros y algunos granizos caían del cielo. Cruce la ciudad como de costumbre hacía con las otras. Escuche a una mujer de edad avanzada gritar y en ese instante mis oídos se alertaron. Entre los enredados alaridos de la veterana, los cuales la mitad no entendía debido a su lenguaje, logre percibir la palabra hijo. Instintivamente sin saber cómo, conecté con que buscaba a su hijo. A pesar de no haber comido en unos tres días, agarré fuerzas de lo más profundo de mí y corrí por las calles de la ciudad hasta llegar a sus afueras. Logre ver una gigantesca laguna que reflejaba el rojo intenso del poniéndose sol en medio de ella parecían haber dos personas. En ese instante sentí un escalofrió en todo mi cuerpo, miré al frente y fijé mi mirada en la silueta, el sombrero, el imponente tamaño, el largo abrigo y la pipa, todo de la misma forma en que lo vi junto al inerte cuerpo de mi padre aquel día. Cargué la escopeta y corrí hacia el en busca de suerte. Justo antes de llegar un cuerpo que no había notado por mi concentración de la silueta lanzó una gran roca al agua y se lanzó tras ella. Tras algunas burbujas que salieron, el agua se apaciguó. Miré el rostro de la silueta, era de un anormal color rosado, estaba marcado por arrugas y una resaltante cicatriz que cruzaba desde sus frondosas cejas hasta su cuello, tenía el cabello oro y los ojos de un extravagante color aceituna, pese a los exóticos colores que pintaban su rostro, colores que jamás había visto en mis viajes, lo que más resaltaba en el rostro de la silueta era su fuerte sentimiento de cansancio. Logré ver que en su silenciosa mirada corrió una lagrima alrededor de su rostro, atravesando la cicatriz hasta caer al suelo. El hombre giró con la intención de abandonar la escena, pero yo lo detuve con la escopeta apuntándole al cuello. La presioné con gran fuerza contra el cuello del hombre y sosteniendo mi respiración disparé el arma, era la primera vez que disparaba el arma, logré oír un suspiro antes del disparo, creo que dijo gracias. Al pasar el disparo, la leyenda de desmoronó ante mí, vi a la silueta caer al piso con fuerzas y el cuello del hombre soltó un chorro de sangre. Mire la imagen durante un largo momento, la sangre formó un charco hasta que llego a inundar las botas de mi padre. Había saciado mi venganza, pero ¿cuál era mi razón para seguir? ¿Acaso podría llenarme contando más cuentos? ¿Acaso el alcohol podría remplazar el motivo de mi vida? No lo se. Aquella tarde que casi se convertía en una noche para aquel momento decidí acabar con mi vida. a orillas de la laguna de Yahuarcocha coloque la escopeta en mi cuello, para finalizar el sentido de mi vida.